

que nos da Pita en estilo moderno y en una exposición clara y metódica, adaptable al gusto de nuestros medios culturales.

Es notable su teoría del juicio en que se acerca a Marechal, su opinión moderadamente crítica en el problema del valor del conocimiento, su manera de interpretar a Kant en la existencia de la cosa en sí, su comparación de kantismo y existencialismo. Las opiniones y explicaciones especulativas van ilustradas con la historia y estudiadas en sus vitales repercusiones.

Será un libro útil para profesores y estudiantes secundarios y universitarios y para todo el que quiera adentrarse en los humanos y candentes problemas de la filosofía.

El autor sigue la línea aristotélico-tomista en general y defiende con razones de peso sus posiciones. Ahí pueden aún los de campos opuestos ponerse en comunicación con la Filosofía Perenne, teniendo en cuenta que la verdad es una y hay que buscarla dondequiera que se encuentre.—*Luis Navarro García*.

■

“CIELO EN LA TIERRA”, de *Hernán Montealegre Klenner*. Ediciones del Joven Laurel, 1955, Santiago

Desde antaño, el hombre acarició el dulce anhelo de una poesía cristiana, se movió en las frondas, siempre vírgenes, de una religiosidad gozosa, confiada o abrumadora.

Leyendo los poemas de Hernán Montealegre Klenner, nuestro pensamiento vuela hacia el recuerdo de Gonzalo de Berceo, de aquel hombre que gustaba encerrarse en la celdita blanca de su monasterio y que solía escuchar la canción de las claras fuentes y de los árboles seculares, recortados sobre el cielo azul.

Y decimos esto, porque Berceo, al interpretar poéticamente los milagros mariales, nos dió, junto al primer esquema de los paisajes bucólicos, la cifra de una sinceridad confiada, el imborrable anhelo de una poesía llena de intuiciones religiosas.

Ahora bien, aquella poesía casi elemental, si bien cuajada de vivencias, al correr de los siglos tendrá nuevas y originales floraciones, utilizará el fenómeno sensible como símbolo del pensamiento. Los poetas nos hablarán de enrevesados procesos de sublimación espiritual. Nacerá una teoría psicológica de vías iluminativas y unitivas. El lenguaje se hará complicado, metafórico, exigirá una interpretación meticulosa de los símbolos y alusiones. Y al correr de los siglos, registraremos los nombres de poetas místicos y ascetas, cada uno con sus cualidades típicas. Pero el afán quedará flotando, como una de las más sutiles aspiraciones del hombre.

¿Por qué el alma tiende a evadirse?

He ahí el más bello y complicado de los interrogantes, cuya contestación sólo conocen los poetas, los seres que, a pesar de sus alas, también se mueven entre aproximaciones.

Hernán Montealegre es un poeta adolescente. Interesa citar este dato para valorar con un signo propio sus composiciones, llenas de una sinceridad profunda, de una lozanía conceptual que sólo entrega la vida cuando se han empujado muchos horizontes con los ojos.

En uno de sus poemas nos habla del nacimiento de la Virgen, de esa suprema creación poética que suele pasar inadvertida a los hombres demasiado humanos.

El poeta canta los prodigios de un nacer, de una llegada, quién sabe de qué ideales confines. Y esa venida es símbolo de bellezas concretas:

*Eres hermosa como el oro de las espigas
y entregada como el mar a las olas.*

Y en el poeta hay un júbilo. Quisiera que la naturaleza entera cantase los prodigios del milagro, que la poesía otease las altas cumbres para decir "que la Amada recién nacida nos espera".

He ahí la fibra, la manera expresiva de un poeta idealista y romántico. Sus efusiones religiosas nos dicen que, incluso lo absoluto e inasible, puede convertirse en posibilidad por obra y gracia del revolar poético, de un sentirse ingrávito entre las cosas.

Su lenguaje recoge armonías. Son frecuentes las comparaciones, quedándose en los umbrales del lenguaje metafórico. Y ello da a su poesía una sinceridad absoluta. Sus impulsos místicos están sólidamente enraizados, se traducen como un natural alumbramiento.

Hernán Klenner llega a sentirse en el cielo, allí escribe poesía con los ángeles, se torna uno de ellos, siente que las estrellas llueven en su alma, que caen "como un río interminable".

Y entonces se observa transfigurado:

*Y entonces soy más que un hombre,
más que un espacio denso y luminoso.*

La poesía le va naciendo desde su inmensidad, como brota la luz de los ángeles iluminando desde arriba toda la creación:

*Hermano de los ángeles y poeta de la eternidad
desciendo a la tierra con mi celestial destino.*

He ahí una experiencia interesante, que va más allá de las habituales lucubraciones de los místicos. Algo de máximas sutilezas, postura de comprometidas vertientes filosóficas.

Todos los poemas de este joven e interesantísimo poeta están inspirados por una misma preocupación. Captar la dulce resonancia de una religiosidad hecha realidad y amado sueño.

Hay en sus versos aromas de bellas historias, arrullos simbólicos de paloma, la voz del silencio, los destinos del ángel, las oraciones dichas con el alma, como un silencio, la presencia de Dios, la evasión imposible, la soledad.

En su última composición, "Dedicatoria final", el poeta hace una profesión de fe, dice su firme deseo, diríase que define y anticipa los derroteros de su poesía posterior.

El poema es un diálogo entre el hombre y la Virgen. Es como una entrega absoluta:

*A ti, Amada mía,
entrego mi vida,
ahora recién salido de la niñez...*

Y la Virgen acepta conmovida, y dice:

*Amado mío, tú y yo vivimos del amor,
tú eres la tierra en que yo estoy sepultada
y así todo mi ser te pertenece.*

Prologa la obra el profesor Roque Esteban Scarpa, gran poeta. El ha sabido descubrir las posibilidades de un nuevo valor de las letras chilenas.

Con razón ha podido decir que por primera vez en la poesía nacional se expresa una experiencia religiosa de tal hondura y sinceridad.

Hernán Montealegre se aboca sobre mundos de privilegio, canta la amistad, el amor y la esperanza. Su obra actual hace pensar en producciones venideras, tocadas por el signo de una religiosidad entrañable.

La voz de un gran poeta se anuncia en los cielos de nuestra poesía.—V. M.